

AVISO

No se busque en estos sucintos bocetos sino un desapasionado, acaso ingenuo, homenaje a la memoria. Mal que bien de ella nos nutrimos, y si no la salvamos –más o menos lo que razonaba Ortega y Gasset de la circunstancia– tampoco nos salvaremos a nosotros mismos por, faltos de cimientos, incapaces de configurar nuestro devenir ulterior.

Hace treinta y tantos cursos académicos llegué a Granada como docente/investigador en el Departamento de Filología inglesa de su Universidad. Es tiempo de regresarme a mi casa. Lo que de particular pueda alojarse en el hecho de no ser andaluz, y de ni siquiera haberme planteado nunca la posibilidad de residir permanentemente en esta tierra, creo que ha quedado recogido – con creces en algunos aspectos; con carencias en otros– en mi *Un castellano en Granada : Memorias tergiversadas y recuentos olvidadizos* (distribuido por Zócalo Libros, a la nadería de quince euros el ejemplar).

Lo que ahora pretendo es contribuir al rescate de ciertos personajes/jillos del tejido social de Granada desde la atalaya de turista curioso que me considero. Sin ello, entiendo que se perdería un segmento de la caracterización antropológica de esta ciudad. De la mayor parte de los sujetos/as que justifican este manojillo de escorzos, no conozco ni el nombre. De alguno sí, aunque involuntariamente, ya que en todos los casos jamás he *necesitado* cruzar con ellos ni una sola palabra, propiamente de interlocución conversacional. Y respecto de ninguno de ellos, huelga decirlo, ha desempeñado cometido alguno mi disposición

de contacto o encuentro, sino que todo ha estado presidido por el azar, tan gratuito y tan lógico a veces. En el desarrollo escuetísimo de sus... ¿semblanzas? quedan registrados o sugeridos los ablativos de filiación, de lugar, de tiempo, etc. que justifican el *por qué* ellos sí y otros muchos, igualmente posibles, no.

La identificación que, a sus expensas, los presuntamente aludidos pudieren afectarse a sus personas tan sólo redundaría en resaltar la maña y fidelidad de mis menesterosos recursos literarios.

Granada, enero de 2006

I. El cuchara

Luis. Siempre supe que se llamaba Luis, desde mis primeros años académicos en que me hospedaba en el Hotel Versailles, de la calle Solarillo de Gracia, donde Luis tenía un figoncito, un establecimiento de tapas, una especie de garito pequeño en forma de tubo o pasillo alargado, con olor a costra aceitosa y adobo de todos los condimentos. Sus clientes pertenecían a todas las clases estamentales, pero señaladamente no escaseaba la gente joven, universitarios, trabajadores también, vecinos, etc. Cuando el parroquiano que fuere entraba en el local, y pedía la bebida de su elección, Luis con cara servicial, sacando un poco la cabeza por encima del mostrador, colocando su bigotito fino como avanzadilla de su amable solicitud, preguntaba invariablemente: “¿Y de tapita?” Porque un poquito más al fondo, en lo que se llamaba gratuitamente “cocina”, se hallaba un buen hombretón, de Cacín, localidad del extrarradio de Granada, al frente de la preparación de las variadísimas tapas por las que el negocio de Luis disfrutaba de justo reconocimiento. De aquel sub-cuchitril de cocina, a la izquierda de Luis, salía la típica vaharada de humo grávido de los matices olfativos objeto de las tapas: todo tipo de fiambres en su estado natural o pasado por la sartén; patatas, legumbres, carnes, albóndigas, frituras, y las mil y una guarrerías que componen el acompañamiento del latigazo. Luis disfrutaba detrás de la barra dispensando cordialidad y disposición de hacerles grato el paladar a sus clientes con los preparados inconfesables del maestro cocinero, allí, a su izquierda, en un retrete de no más de dos metros cuadrados habilitado como cocina. A Luis se le veía de vez en cuando ingurgitar tal o cual cortecita..., tal o cual trocito de lo que fuera:

¡A ver! Imaginemos una media de cuatro horas por jornada acarreado tanto platito: no extraña que en tal cantidad de viajes y pasadas, aquí un picotazo, allí un pellizco, más adelante un traguito. Calculo que por término medio cada diez minutos nuestro hombre embaulara algún corpúsculo sólido, bien solo, bien regado con un culín de néctar de los muchos que él escanciaba. Por tanto, no menos de veinticinco o treinta aperitivos se nos despacharía para sí mismo el bueno de Luis a lo largo de cada sesión. Y luego, suponemos que comería o cenaría religiosamente en casa.

Aunque siempre de volumen generoso, comenzó a crecer algo incontroladamente en grosor. Resultado: problemas con el andar. Su cintura dejó de serlo para convertirse en una mole carnitosa de cada vez más difícil motricidad y más escandalosa circunferencia. Según parece, sus piernas, varicosas por el hecho de tener que estar de pie –sin ningún otro tipo de ejercicio corrector– se le habían inflamado hasta límites... pues eso, patológicos. Y algo por el estilo le ocurría con las manos. Un día, al comienzo de un curso nuevo, vi el negocio cerrado, clausurado, con ese sello impío e indiscriminado que no se atiene a explicaciones: de si cerrado por traspaso, o cerrado porque el dueño ha sido agraciado con un premio gordo de lotería... o... Cerrado inmisericordemente, tapiado. Pregunté y me dijeron que Luis había muerto. “Una de las mejores y más activas cucharas de Europa”, en expresión de un amigo común nuestro.

II. El vigilante

Desde el primer instante de verle le asigné un nombre que terminara sin duda en -odro, -oldo, -boldo, -coldo... ¿Que por qué? Ni idea. Quiero decir que mis razones se basaban en esas realidades indiscutibles con las que contamos aun sin darnos cuenta de ellas. Creo que a esto los filósofos lo llaman creencias. Siempre pelado a lo Yul Brinner o al estilo de cualquier otro personaje tele-visivo/filmico con cometidos viriles, bien en las formas, bien en los hechos. Se trata del vigilante a cargo del *parking* para uso universitario de detrás del Hospital Real. Sus órdenes son unívocas. Su apariencia no admite disensiones de criterio: todo él rezuma determinación, conocimiento del desempeño que se trae entre manos. Porque dicho *parking* ha ido creciendo en extensión y en sofisticación de recursos. Comenzó siendo un descampado, un terraplén donde los coches se acoplaban como mejor podían, calculando la superficie de ocupación de cada vehículo a ojo de buen cubero bajo las precisas instrucciones directivas de nuestro hombre. Con el tiempo se igualaron los niveles, se aplanaron las irregularidades del suelo y se dotó al complejo de una caseta de intervención y control con su correspondiente barrera. Ahora las prestaciones del *parking* responden a los tiempos modernos. Pero nada de esto podría funcionar sin las habilidades del personaje objeto de esta viñeta. Su contextura responde imaginariamente a la de un antiguo guardia civil, o legionario, o militar normalito retirado a esa edad en que la vida le permite todavía a uno sacar a relucir los rescoldos, por no decir la llama viva, de los fueros que caracterizaron el sello identificativo de su profesión. Todas las manifestaciones de ejercicio de poder que en su tiempo acaso le

estuvieran vedadas, o desteñidas por motivos de oportunidad, de planteo o de lo que fuere..., ahora las realiza, las plasma con pretensiones regimentales en su función de responsable y regidor del *parking*. Las indicaciones para estacionar en tal o cual plaza o espacio no desmerecen de las que, según mi gratuita y libérrima imaginación, debieron de acompañar a Napoleón en Austerlitz, por ejemplo. Pero, insisto, ninguno de estos apuntes de caracterización respecto de nuestro personaje tendría congruencia rigurosa si su nombre no terminase en -odro, -oldo, -boldo, -coldo...

III. El valetudinario

Hay un viajero de autobús, con cara de desocupado, valetudinario, como quejoso de alguna dolencia interna. Bueno, ¿y qué?, se preguntarán muchos lectores. Fulanos así los hay a patadas. Bueno, claro, digo yo. Pero no que hayan coincidido conmigo en tantas y tan variadas ocasiones. Desde hace muchos años, quizá doce, hasta quince o más, subo a la Facultad en autobús. Dejé el coche relegado al baúl de los recuerdos. El pasaje del transporte público permite enhebrar a veces jugosos retazos de filosofía y hondas meditaciones respecto al curso de las costumbres. En mi época de asistente a las clases de la Ciudad Universitaria de Madrid, la toma de los autobuses y la bajada de los tranvías podía significar algún que otro momento épico. Al autobús, en caso de apelotonamiento por la puerta de entrada delantera, y ante la imposibilidad de progreso, se optaba por saltar por las ventanillas, dejándose algún que otro botón en la escaramuza. Había un servicio patrocinado por el Sindicato Estudiantil Universitario –creo que así se llamaba, y en todo caso SEU– completamente gratis. De ahí su aceptación por la masa de salvajes de todos nosotros. Lo del tranvía lo hacíamos por gracia, y ello era que al ir aproximándose a la Plaza Moncloa aplicábamos un certero patadón a las puertas de doble hoja de la salida trasera, con lo que el tranvía aminoraba la marcha ya de por sí proporcionada a los tiempos que corrían; es decir, muy asequible para el salto. En todo caso, los melindres que usan los universitarios de hoy día –ya se me entiende: “¿Quieren ir hacia delante? Por favor, dejen el pasillo libre; está todo el fondo vacío” y cosas por el estilo– entonces no existían. Cuando había que subir se subía como fuera: a empentones, a arremetidas feroces de

hombros y codos, etc. Todo menos quedarse en tierra y no llegar a clase. Y, sin embargo, la gente tenía más intuición en lo relativo a la administración del espacio. Aunque parezca increíble se daban menos casos de pisotones de talante proboscideo antes que ahora. Antes la gente tanteaba por deslizamiento; ahora las manadas de jóvenes embabiecados, hijos de la abundancia, levantan el pie impunemente y le machacan a uno lo que tengan debajo. A mí me aplastaron una uña de dedo gordo. Lo normal: la equimosis violácea pasó por las distintas fases hasta la renovación de toda la materia córnea. Dos años cumplidos.

A lo que íbamos. Nuestro viajero, de unos cuarenta-cuarenta y cinco años, lleva cara como de propensión al quejido. Cuando se apoya en la barra de sujeción longitudinal, así como cuando se sirve de las otras verticales, mueve la cabeza pesantosa como para distraer su esbozo de molestia, esa inyección de rictus lastimoso, sólo inyección, como digo; sólo amago. Pero, me pregunto: “¿A dónde va el hombre?” Confieso que me ha descolocado. Por la frecuencia de días y la coincidencia de horas llegué a conjeturar que marchaba hacia alguna consulta de la Seguridad Social, y siempre en la dirección de Cartuja, es decir, de los autobuses que, más o menos directamente, más o menos con rodeos, conducen a nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Pues no. Al día siguiente, a los pocos días, resulta que veía a mi personaje coger el autobús en... Plaza de San Isidro. Y otro día en la Gran Vía. Y otras veces bajarse en Puerta Real; y otras cogerlo en la Acera del Darro..., y así sucesivamente. ¿Quién es y qué hace este tío? Sus itinerarios me han echado por tierra toda adscripción posible de destino, toda nómina imaginable de ocupaciones o de menesteres que a sus expensas respectivas le estuvieran dispensando... ¿quién? ¿quiénes? : ¿La Seguridad

Social? ¿Alguna oficina de empleo? ¿Algún Sindicato? ¿Enfermo crónico? Lo que siempre le ha acompañado es su cara redonda y con mueca de eso... lastimosidad. Jamás le he oído hablar con nadie, ni encontrarse con nadie en el autobús que le haya arrancado una palabra. Le he visto yendo y viniendo a tales horas, en tales latitudes de los trayectos posibles, que todas las filigranas de mi cálculo no se han dado maña a incardinarle en ninguna ocupación sujeta a orden, horario ni secuencias. Bueno, tal es mi hombre.

IV. El amador

Granada es, acaso, el sitio de toda España donde más se hayan mantenido ciertas formas de pintoresquismo en los oficios, en los menesteres, en las manualidades; en los quehaceres de menudencia, de artesanía, desusadas, como digo, en la mayor parte del territorio nacional: pequeños zacatines, minúsculos zaquizamíes donde alguien arregla las varillas del paraguas o hace una soldadura de estaño en la empuñadura de la herramienta o adminículo que sea. Por ejemplo, y sólo por ejemplo. En Granada todavía existe un reducido colectivo de “empresarios” que, dotados de una silla liviana, de esas de tijera plegable y transportable, y una caja de madera o bastidor/moldura ligero de cartón, se sientan en cualquier parte de una acera o cruce de calles transitado y ofrecen su mercancía de carteritas, es decir, de fundas de plástico para guardar documentos; o de hebillas o chapas con grabados, o insignias; ese tipo de semi-quincalla que no tiene cabida en la mayoría de las casas modernas y que, sobre todo, los jóvenes descartan cruel e inconscientemente.

Ese mismo grado de particularismo atávico, con las diferencias a que hubiere lugar en cada caso, puede asimismo percibirse en el ámbito de las relaciones por libre, de pareja, de hombre y mujer, cada cual en su esfera. Entiendo que hasta muy, muy a finales de los sesenta, quizá comienzos de los setenta, subsistieron en Granada casas o puntos de encuentro de remedio sexual a los que ni con la mejor voluntad ni con la mayor de las condescendencias podría calificarse por encima de *sórdidos*, término que según don Julio Casares se originó por la confluencia acrecida de los términos *sucio* y *mezquino*. Sórdidos, sí.

Desde los bancos de Puerta Real, alrededor de, y junto a la así llamada Fuente de las Batallas, donde a veces me acomodo para ver pasar la porción de sociedad *granaina* que acontezca, he descubierto algunos detalles de interés; he matizado otros, he tomado apuntes para mis escritos; he leído el párrafo, la página, con suerte el capítulo del libro de la vida que la realidad ponía ante mi vista y sobre mi conciencia. Y un personaje a quien desde estas líneas rindo pleitesía es un señor... mayor... sí, pero ¿de qué edad? Mayor que yo pero no mucho, aunque cuanto más alongada fuese la diferencia entre su edad y la mía, más justificada estaría la razón de mi glosa sobre su persona. A veces ha coincidido en el mismo banco con algún amigo, y han hablado de mujeres. Nuestro hombre parece un caballero residual de tiempos pretéritos; como venido a menos, pero aún conservando enhiestas sus cualidades voluntaristas. En las estaciones de clima cálido suele vestir un traje color hueso, a lo caribeño; zapatos del mismo tono, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, y sombrero de esos de lona o fieltro leve. Acostumbra a llevar un bolso colgado del hombro. De andar parsimonioso, refleja en su manera de mirar una determinación de no darse por vencido, por más pesantosa y exigente que se torne la vida. Sus ojos –ahora lo veo mejor– revelan rescoldos de sus disposiciones y apetencias afectivas. Su gesto nos parece descubrir a un gran agonista del amor. Dije que se le acostumbra a ver con un bolso de correa larga colgado del hombro. Otras veces con un cartapacio debajo del brazo. Pelo y bigotito blancos. Suele hablar poco. En las ocasiones de coincidir con él y algún conocido suyo en los bancos de Puerta Real, él deja que los demás hagan el gasto de lo que haya que relatar: él contesta con monosílabos, asiente o disiente, con un marcado deje de melancolía. Está claro que le sigue gustando alternar con

hembra. ¿Dije que puede tener hasta más de ochenta años? No, no lo dije, pero lo digo ahora. Cuanta más edad le asigne mi personal percepción, más me identifico con sus sentires, con su seguimiento –enaltecedor a todas luces– del eterno femenino.

V. La arpía

A veces vamos por la calle mirando sin ver, preguntándonos cosas sin respuesta, interiorizando en falso meras visualizaciones, boyas autoimpulsadas hacia nuestro concreto destino en tal reducida circunstancia. Vamos faltos de argumentos. Y ocurre que de buenas a primeras la neutralidad automática de nuestro entorno se torna personaje, se llena de concernimiento.

La he visto, supongo que borracha, por distintas partes de Granada, pero casi siempre por el llamado Barrio Fígares, lugar mío de alojamiento durante mi entera estancia aquí. Bien pudiera ser la calle San Antón; o la misma de Recogidas; con toda probabilidad Puerta Real; y no descarto los aledaños de Plaza de Gracia. Tiene la pinta de un sarmiento enteco, de una bruja sin escoba; pelo deshilachado ya bastante canoso, raída de ropas; descuidado, miserable su aspecto. Va hablando sola, todas las veces que yo me he cruzado con ella, en términos deslenguados de improperios malsonantes, de delación ofensiva, de reivindicación imposible. Su discurso se acompasa con un ritmo de pequeños topetazos que la pobre mujer se despacha, alternativamente, a una y otra mano, como asintiendo, como apuntalando las conclusiones, como encontrándose en la razón de ser de sus cosas. ¡Ah, los secretos de estas locuacidades tan pintorescas! Yo, poco amigo de los artilugios técnicos, de toda esta juguetería moderna, me he quedado con ganas de grabar los soliloquios de más de un derelicto cuando sentado en un banco de junto a la Fuente de las Batallas desgrana al ámbito anónimo la camándula de su elocuencia. No ha habido un solo loco en la Historia a quien no se le haya atribuido la paternidad de alguna

acerada sutileza, de algún agudo corolario, de alguna sagaz auscultación en las recónditas diástoles del pensamiento. Sí, más de una vez, cuando me percató de que alguien –contrarrestando el exceso étlico o tan sólo la pesadumbre de la pura rutina– se erige en donante facundo de sus muy especiosas interioridades..., cómo deploro, digo, no disponer de algún aparatejo de esos, grabadores espías, para registrar la secuencia de..., estoy seguro, verdades que nuestro personaje se entretiene en dispensar. Más de una vez he captado la imparable lógica de las elucubraciones a cargo del elocuente de turno y puedo dar fe de que no carecen de sistema, sistema precisamente, la valoración que dedicara Polonius a las excentricidades conversacionales de Hamlet: “Aunque esto pudiera ser locura, hay sin embargo método/sistema en ello” (“Though this be madness, yet there is method in it”; - II, ii, 203-204). Pues algo parecido digo yo de nuestras figuras. Y por lo que se refiere a la pobre mujer que justifica esta viñeta, ¿quién sabe? Tal vez dotándola de un seguidor de esos que ponen a ciertas especies del reino animal para su mejor control y protección, tal vez, tal vez... el acervo de alma *granáina* se viera ampliado con más de un atisbo de valor.

VI. El coñazo

Suele ir con pantalones azules de operario, de esos de lona fina, en forma de tubo, que conforman la parte bajera de los monos de trabajo, también conocidos como *overoles*. El torso lo suele cubrir con una chaqueta convencional. ¿Se imagina el lector a uno de estos ciudadanos jubilados que dedican su tiempo a... no hacer nada? Pues tal reputo ser la situación socio-laboral de nuestro protagonista. Donde he tenido ocasión de calibrar su matiz más sobresaliente es en una cafetería donde coincidíamos con motivo del desayuno, o hasta de la comida que yo hacía allí a veces, sin descartar la hora del refrigerio por la noche. Ese tipo de tío que pega la hebra con quienquiera acontezca a compartir el espacio comunal de..., ya digo, una barra de restaurante-bar, por ejemplo. Se le nota su desocupación planetaria, mundial, y en consecuencia su disponibilidad a embarcarse en cualquier aventura de cháchara que el ámbito exterior le brinde. El asedio a que somete a una de las camareras de la susodicha cafetería es un puro paradigma donde se convocan abundantemente todos los rasgos del “coñazo” en proporciones superlativas. Sin percatarse de que la gente puede más bien no tener ganas de enjaretar diálogos sandios –sobre todo si se está en una tarea tan dinámica como es la de actuar desde detrás de la barra en servicio público– el hombre no deja de preguntar y preguntar..., de comentar y comentar, de enunciar y enunciar cosas que la mayoría de las veces se reciprocán con un simple “Uuummm” de asentimiento forzado, de obligada cortesía, cuando no con el más zahiriente de los mutismos. Pero el pelmazo no para. Según mi conocimiento del corte antropológico de Granada, éste debe de ser de extracción pura, ya que al final de su pregunta pega el típico relincho del “¿Eehh?”, con el cual se contesta, empalma una nueva pregunta y

pone la respuesta que a él más le convenga en boca de su interlocutor de circunstancias. Y además, es que en esta camada de sujetos se dan los ingredientes de desdoblamiento de prestaciones: ellos se interpelan y ellos se responden; ellos se lo guisan y ellos se lo meriendan. Inasequibles al desaliento, como nuestro hombre, ofrecen su sonrisa de saldo de palique a su alrededor, como queriendo decir que el negocio es gratis, y que todo el mundo está invitado a la munificencia de su charlatanería. Las veces que me he cruzado con él al principio de la Carrera de la Virgen, invariablemente se hallaba dando pequeños paseos en círculo, como deseando atraer a algún peatón conocido, o de conocimiento en aquel instante mismo, pues poco puede importar dicho detalle para el cometido de parlotear vaciedades. Sí, el payo me ha echado más de una ojeada pegajosa, con liga, supongo que jugando con la virtualidad de que, habiéndome visto tantas veces en la misma cafetería, pudiera yo incrementar la parroquia de su cotorreo. Coñazo, coñazo, coñazo,... tres veces y treinta mil veces coñazo. Aunque, bien mirado, ¡pobre hombre! Acaso no sepa estar solo tomándose la lección a sí mismo. Acaso haya sufrido algún cataclismo de compañía..., quiero decir, de ausencia de compañía... Acaso.

VII. El curita

Probablemente el cura más activo que jamás haya visto, y subrayo lo de visto porque en todas las veces, muchas, que ha sido así nunca le he oído hablar con nadie ni pronunciar una palabra. No tengo idea de qué tono de voz conforma su elocución. Siempre diligente, andando como a saltitos, con sotana que permite divisarle los bajos de los pantalones (eso que llamaríamos en Castilla “crecedera”) y ceñida con fajín o banda de flecos en un extremo, y una carterilla en la mano. ¿Qué inquietudes de trascendencia le impulsan y le mantienen lleno el pósito de su entusiasmo, así llamado “hormona del alma”? Con cara que nos recuerda un poco a una amalgama de ciertos héroes de nuestra infancia, digamos: Pedrín, Juan Centella, Ginesito,... ¿Qué secretos ministerios le compelen a esa actividad tan incansable y tan..., por lo que parece, deportiva? Da a su motricidad un bamboleo como escrutador, como captador mediante taladro visual de las posibilidades de asistencia, de las virtualidades de ayuda, de las capacidades de la realidad observada para rendirle aquiescencia en el trabajo que nuestro curita se trae entre manos, y entre pies, y entre ojos. ¡Admirable personaje! Su mirada revela la asunción de un quehacer entre dolorido y voluntarioso, como arañando pequeños favores de los demás para su causa. Porque esa parece ser la más evidente de sus características: la de que él no pide, ni busca, ni propicia para su propio beneficio, ni muchísimo menos. En su talante, en su fachada, en su perfil psicométrico, lo que se destaca con abrumadora nitidez es su altruismo solidario, como si dijera: “Vedme a mí, representante de los pobres, y por y para ellos os pido; representante de los marginados, y para ellos y por ellos os pido”. Algo así podría constituir el mensaje que este curita deja traslucir en todo el

escorzo somático de su persona. Siempre con un toque como de celeridad, y no digo prisa, porque el concepto de prisa, tan mal entendido por tantos, supone realizar en..., digamos, diez minutos lo que normalmente nos llevaría un cuarto de hora; mientras que la celeridad o diligencia supone realizar en diez minutos lo que también normalmente nos requeriría diez minutos, ni más ni menos. Y este hombre es de los que acaso no imprima prisa (*bullá*, dicen en *granáino*) a sus gestiones, pero sí que éstas se desarrollan entre las cotas temporales que identifican una buena diligencia.

Aquí va nuestro amigo. ¿Qué argumentos de misionero andante propulsan su deambular? ¿Qué finalismos espolean la premura sostenida de su paso? ¿Qué conjeturas sobre un frondoso espectro de valores esmaltan el juego proyectivo de su voluntad? A mí me toca adivinarlo.

VIII. El pícaro

Me disgustó desde el primer momento en que le vi; y de ello hace ya casi media vida. Luego, la variedad de ocasiones en que he vuelto a encontrármelo en señaladas calles de Granada me ha evidenciado que se trata de un mendigo profesional, altamente especializado, es decir, de alguien que hace de la mendicidad una profesión con todos los predicamentos inherentes a ella. Se solía poner a la entrada de la calle Salamanca, no lejos del simpático negocio de arreglo rápido de calzado, y en su tiempo de “limpias”. Siempre me maravilló la filosofía que trajina y bulle en las conciencias de aquellos que se someten a trabajos aparentemente penosos –o por lo menos no agradables– con el fin de no... trabajar. El tío de nuestra viñeta se colocaba de rodillas y con los brazos en cruz, invitando a la compasión, a que le dejaran caer monedas o lo que fuere en una caja *ad hoc* delante de él, en mitad de la susodicha calle Salamanca, peatonal, con la cara gacha él, pero con la impronta de mala catadura, de cierto barniz de encanallamiento contumaz. ¡Uau! Este pájaro es menester que sea un atleta. ¿No le sería mejor agenciarse cualquier ocupación manual? Pero una pregunta tan tipificadamente normal no es posible que tenga cumplimentación, porque de ser así echaría por tierra todo el paradigma de muestra sociológica con el que ahora confeccionamos esta viñeta. Nuestro hombre, no muy alto, de complexión suelta y ágil, pelo comenzando a canear, se ve que se ha planteado ese menester igual que se plantea uno hacer oposiciones a policía, o a bombero, o a auxiliar de administración. Este mundo de mediciones y baremos comparativos no hubiera desmerecido en utilidad el haber constatado cuánto tiempo soportaba en su actitud de Cristo sin cruz; acaso se tratara de todo

un registro digno de figurar en los tan socorridos elencos de ocurrencias raras y curiosas.

Pero nunca me gustó su gesto. Creí siempre adivinar una pugna personal que este hombre sostuviera con sus propios instintos, con sus propias capacidades, un algo así como decirse: “Ahora veréis, potencias mías de mi alma, de lo que soy capaz”. Andando el tiempo le he visto bajar de un vehículo furgoneta acarreando sacos de... ¡quién sabe! Y otra vez hasta con un puesto de castañas asadas en la confluencia y arranque de Puerta Real y el Paseo de la Virgen, donde se pavonea la poderosa mole de El Corte Inglés. Su presencia, su figura enlaza sin más trámite con toda la picardía española (aunque sin gracia) y con toda la delincuencia de los estamentos de chalanes, embaucadores y holgazanes de los que –deformidad de mi profesión– habla Langland en su *Piers Plowman* [Field of Folk], siglo XIV, anteaer. Acaso caracteres como éste nos ayudan a no desglosarnos de nuestro pasado, de una buena parte de la nómina de nuestro patrimonio.

IX. El espía

Confieso que mi conciencia tal vez no le haya dedicado de antemano el beneficio de la duda, acaso de tan pronto, de tan simultáneamente como la captación de su actividad coincidió con mi ejercicio valorativo. Hombre de unos sesenta y cinco años, cabeza de garbanzo redondo, andares parsimoniosos, mirada como de espía, de *voyeur* venido a menos. Mis encuentros con él se han producido inequívocamente en los autobuses que, además de otras rutas suyas ulteriores –como por ejemplo el número 8– conducen al Campus de Cartuja. Tan pronto se le ve subir en El Triunfo como en Acera del Darro, siempre escrutando con maneras de comisario soplón, de agente secreto. Tampoco he tenido éxito en encapsularle, ni siquiera holgadamente, en un sistema laboral, en una cadencia de continuidad en su presunta ocupación. Siempre han resbalado mis intentos de asignarle una función organizada, si es que lo que hace no supone ya una forma soberana de función. Después de repasar y hasta revolver en la nómina de patrones posibles, de modelos de gestión con los que alguien justifique su salario, su paga, su contraprestación,... he llegado a la desalentada conclusión de que nuestro personaje es un topo secreto, descontando la posibilidad de que existan topos de dominio público. No se le ve nunca portando nada en las manos, absolutamente nada, sea cartera, sea cartapacio, bolsa, adminículo, etc. Se evidencia que su cometido es el de ver; que el tema de su *trabajo* es el de observar, el de escrutar conductas, maneras de comportarse, rasgos proclives respecto de una gama de reacciones. Se le ve, sí, de autobús en autobús, de parada y bajada en subida y parada, con el mismo gesto impenetrable del que se sabe sabedor de los demás y desconocido de y por los demás. Mira a los universitarios, sobre todo, con una mezcla –

imposible de trocear, en razón de sus componentes— de pretendida superioridad sobre aquello a lo que no se tiene acceso, y de solapado resentimiento, por lo mismo. En los horarios más carentes de señalización específica, se le puede ver en su sosegado trasiego de subir al autobús, inspeccionar ladinamente el paisaje humano de su alrededor... y dejar de verle unas cuantas paradas más adelante. Sube y baja, patrulla con su porte imperturbable, socarrón, los recorridos de las líneas de transporte universitarias... de momento, que yo sepa. Es como un protagonista ubicuo e inesperado. “Aquí está nuestro hombre”, nos decimos al encontrarnos con él después de lo que la percepción de cada cual haya estipulado como un periodo de tiempo computable. Nunca le he oído pronunciar una sola palabra con nadie; ni por casualidad parece haberse tropezado con nadie conocido como para intercambiar las expresiones comedidas y neutras de un simple saludo, de un “buenos días”, por ejemplo, y que en *granaíno*, no se olvide, adoptaría la modalidad de “Fulano, ¿quéee?” o el más comunicativo, a la vez que coloquial, de “Malegroverte”... Su compostura, su vestimenta, siempre convencional y correcta, aunque apagada como corresponde a un hombre de su edad, se compadece según mis intuiciones valorativas con las de alguien que ha hecho de la observación y del espionaje urbano su razón de ser. No me cabe duda, es un espía, un inspector de lo que sea; un soplón, que tanto monta.

X. El amigo del amador

Hace unas cuantas viñetas hablé de un caballero entrado en años, de andar algo cansino, pesantoso, así como a... pasitos voluntariosos y renqueantes, y en quien yo hacía alojar indudables recursos –tal vez instancias desiderativas– respecto de su proclividad y dedicación hacia el sexo opuesto. Pues bien, en este nuevo “cuadrito” me toca entretenerme con la figura de otro ciudadano a quien reputo amigo –siquiera, y por lo menos, conocido– del anterior, por haberlos visto coincidir en alguno de los ya consignados bancos de Puerta Real, alrededor más o menos de la Fuente de la Batallas. En tales circunstancias, y compartiendo espacio, no me ha sido ni material ni humanamente posible dejar de escuchar alguna de sus peripecias. Porque he de aclarar de entrada y por adelantado que las conversaciones que estos prójimos –la mayoría con pinta de jubilados, rentistas, etc.– se traen entre bocas no se desarrollan *sotto voce*, sino que los interlocutores no se privan lo más mínimo en sus confidencias, por más que a pocos centímetros de su persona, y sentados en el mismo banco, nos podamos encontrar otras gentes, por libre.

También hablamos del poso de sordidez que parece sobrevivir en las relaciones humanas dentro de ciertos estamentos de hombres y mujeres. Me gusta citar de primera mano, desechando cualquiera que sea la tentación brillante de una atractiva estadística, ajena a mi sentir; por mi propia percepción sin intermediarios, sin asomos de posibles sobornos psicológicos. Y de primera mano es el hecho de que en el lugar donde he venido alojándome, hospedándome (que no viviendo) en los casi últimos treinta cursos académicos, el Hotel Casablanca, resulta que en sus bajos, perteneciente a la misma unidad de construcción

de todo el edificio, en esos bajos, digo, existe desde hace mucho tiempo una discoteca a la que se ve acceder, y desde la que se ve salir, un material bípedo inequívocamente especial, abultadamente irreproducible.

Nuestro hombre es de estatura media, más bien bajo, de cráneo ligeramente acartabonado, moreno, fumador, casi siempre trajeado de color gris ceniza, y que se impulsa por lo menos con una de las manos en alguno de los correspondientes bolsillos, poniendo en su gesto un perfil de determinación, de voluntad pujante de buscar a la hembra, sin desmayos, todo lo contrario: con toda la carne en el asador. Lo veo con la cara metida entre los hombros, un pelín cargado de espaldas, percha arqueada hacia delante, como husmeando el rijo; movimientos y figuras a las que el contorno esquinado, como puntiagudo, de su cara les confiere motricidad de expresión, claves interpretativas. Una tarde, una noche, en una de las conversaciones que sostenía con dos señoras, nada menos que con dos señoras más que se habían sentado en el mismo banco desde el que yo merodeaba con mi vista y con mis conjeturas en la materia antropológica *granaina*, haciendo aquí una cala, allí una predicción, acullá tanteando un conato de teoría a expensas de tal o cual rostro, de tal o cual contextura... una noche, digo, nuestro camarada se acercó requerido en plena coincidencia por las dos damas, y allí mismo, delante de mí, él de pie, peroró con ellas, mujeres de su edad. Confieso que se me ensancharon los límites de la cabida de mi asombro. Allí desgranó con autoridad de hombre de... su mundo una serie de pros y de contras respecto de la posible relación de cortejo con otras damas; sopesando con rigor consciente los factores diversos que pudieren concurrir en cada lance. Las damas, gordas, sesentonas, repintadas, apestando a unguento testaruda e impregnadoramente

contumaz, departieron con él sin que sus razones de mujer pudieran hacer sombra a los sólidos silogismos con que el señor de la cabeza de cartabón especiaba su proceder, su conducta realizada o planteada con el otro sexo. ¿Hablé de sordidez? Acaso, no. Acaso la sordidez sólo puede residir en quienes no sean capaces de rescatar de estas almas el germen siemprevivo de la aventura del espíritu.

XI. El figurín

Sabido es que Granada pasa por ser la ciudad de todas las españolas donde probablemente existan más zapaterías como negocio abierto al público. Sería increíble salvo por el pequeño detalle incidental de ser cierto. Cuando yo comencé a trabajar aquí, a comienzos de los setenta, pocas ciudades, también probablemente de entre todas las españolas, presentaban un aspecto más deplorablemente desaseado en sus prestaciones urbanísticas, sobre todo si se entiende dicha valoración en términos comparativos y en congruencia con la representatividad y primacía que Granada comporta literaria y emocionalmente hablando. Prácticamente, con la excepción de tres o cuatro arterias centrales (lo que comprende a la Gran Vía –junto con su preámbulo de Recogidas y Reyes Católicos, de un lado; y continuación de la Avenida de Calvo Sotelo, luego de la Constitución, de otro–, Pedro Antonio de Alarcón, Camino de Ronda,... y pare Vd. de contar) lo que existía eran calles de tierra sin asfaltar, aceras huérfanas de pavimento colindante, es decir, aceras que debían su realidad al hecho de ser parte constitutiva de bloques de vivienda a los que era menester acceder a través de un campo en barbecho. Baches por todas partes, montículos donde debería haber aceras, superficies niveladas; arena, grava y escombros mal apisonados donde debería existir un pavimento de alquitrán, de granito o de otra materia al uso en la construcción de vías públicas... Partiendo de cero no es maravilla que los progresos que se vieron desarrollar durante todo ese decenio de los setenta y seguidos fueran espectaculares. Bien. En estas condiciones llevar zapatos de buena hechura y limpios era cosa de maníacos del primor.

¿Era, es un maníaco del primor nuestro hombre? Acaso ni él lo sepa. Pero yo sí que puedo dar fe de que es un maniquí viviente. De volumen medio, más bien tirando a recortado, nuestro protagonista se adereza con un pelo con ricitos caracoleantes en la nuca, atildadísimos zapatos, y un jersey tipo chaquetilla abierto en las épocas de entretiempo. Zapatos esmeradísimos, insisto, porque ahí vamos. Cuanto más guarras se hallen las calles hay ciudadanos que encuentran su piedra de toque, su reto personal en exhibirse como verdaderos *dandies* del calzado y de la vestimenta en general. Sobre todo, el calzado. La revista que hacen los demás de nosotros comienza por los pies, y la que hacemos nosotros de los demás, lo mismo. Se ha dicho que el más propio de los ropajes, el más adecuadamente lujoso en elegancia y ponderación, quiebra sin embargo la percepción de quien lo porta si éste va acompañado de un calzado feo o deslustrado. Es como si toda la captación de la armonía y de la prestancia descansara en los receptáculos donde se encofran nuestros pies. Pues bien, nuestro héroe va hecho un cromo, un verdadero “paquete”. Zapatos lustrosos, faz rasurada, cabeza ornada con los ricitos en la nuca ya advertidos y atavío conforme con la estación. Suele llevar siempre un maletín de ejecutivo, tal vez se trate de alguien que representa a alguna firma; tal vez se trate de un corredor de seguros. Tal vez... Desde mi torre vigía de espontáneo y curioso, y tratándose de su ocupación, de sus menesteres laborales, todo se acomoda en el ámbito del posibilismo. Lo que constituye un corolario irrefragable es que estamos hablando de un primor de tío, un figurín andante.

XII. El impenetrable

¿Hombre o robot? De no ser por la habitual compañía de una señora –supongo que su mujer– con quien indefectiblemente se le ve paseando, yo diría que lo segundo. Las zonas de desmarque de los ámbitos puramente urbanos en Granada son escasas y prácticamente monopolizadas por los parajes que, a la vera del Genil, se adentran hasta Cenes de la Vega; luego Pinos Genil, y llegan todo lo lejos que uno quiera. Normalmente los más contumaces andarines consideran El Purche como punto final, siempre saliendo de Granada. Eso por lo que respecta, repito, de los predios desglosados de lo pura e intensamente urbano. Porque dentro de la ciudad no hay duda de que la Carrera de la Virgen –contigua a Puerta Real– y su continuación natural del Paseo del Salón hasta conectar con el comienzo de la Carretera de la Sierra es la zona más habitablemente propicia para el peripatetismo. Aquí se ven los puestos de castañas; algunas de las variadas modalidades de “top manta”; estatuas humanas; vocalistas espontáneos; vendedores de baratijas; etc., etc., aunque éstas y otras ocupaciones tengan lugar asimismo en distintos puntos del centro de Granada, tocante al cual Puerta Real es el ombligo por antonomasia, igual que la celeberrima Puerta del Sol lo es de Madrid y de España.

Pues bien, a lo largo de mis ya muchos años de duración universitaria en Granada, con intervalos de uno, acaso de dos, pero siempre en secuencia tenazmente mantenida, me he encontrado con este hombre, regularmente por la varias veces citada Carrera de la Virgen. Su porte hierático ha fijado en los esquemas de mi conciencia un verdadero paradigma, un arquetipo de fuste indeleble. Camina con pasos como de manilla de reloj

grande, de esos que arrancan suavemente y realizan más de las tres cuartas partes del recorrido del minuto de forma, sin llegar a brusca, rotunda, terminativa. Y así un paso tras otro. No le he visto nunca sonreír. Marcha, pasea del brazo de su compañera, mirando al frente, impassible el ademán, aquí sí que encaja la cantilena que el nacionalcatolicismo de nuestra posguerra nos inculcaba a los chavales a través de las canciones del Régimen, y que nosotros trucábamos por el consabido “imposible el alemán”, con un fleco de sospecha o reticencia para los curiosos del *por qué* el alemán y no el bosquimano tuviera que ser tachado de imposibilidad. Nuestro hombre va trajeado. Tiene cara de fiscal, de alguien dedicado a trajinar con los reglamentos y las normativas en que se encapsulan las actividades de los humanos. Hombre monolítico, macizo, de una pieza, sin fisuras. Ni alto ni bajo. La reciedumbre le viene de lo imponente y cuajado de su porte. Como un autómatas al que se le hubiera olvidado sonreír. Como un predicador ilustrador de la parsimonia. Como un atarácico pleno de cósmica imperturbabilidad. Como un robot.

XIII. El ululante

He estado en muy diversos puntos de la tierra pertenecientes, al menos, a siete de sus ocho cuadrantes. En consecuencia, mis oídos se han expuesto a un conjunto frondoso y variado de formas de expresión, otras tantas modalidades de la maldición bíblica confundidora. Lo cual a efectos prácticos está despojado de relevancia, ya que con tan sólo un diente –el inglés, por ejemplo, como lengua franca– del inmenso piñón babélico el hombre puede mal que bien entenderse con un tercio de todos los inquilinos del planeta. Si añadimos media docena más de idiomas predominantes, tendremos que con este pequeño grupo se podría garantizar la comunicación inteligible, a niveles de supervivencia, de todo el género humano. Como suele ser la norma, las cosas que uno gusta de relatar son las que le han acontecido a él mismo. Al hablar de lo que tiene que ver con el hombre tan cercano que nos acompaña (nosotros, sin ir más lejos) nos vertemos con el menor aderezo posible, con la mínima cantidad de conservantes y colorantes, sin entrar aquí y ahora en el tema de si esta estrategia retórica es más o menos aconsejable. Para el caso que nos ocupa debo hablar de una experiencia incorporada en mi propia carne, con denominación de origen, con sello de la casa...

Hace años, y de excursión con una amiga por un paraje contiguo a Sierra Nevada, descubrí para perplejidad y desencanto mío que los *granáinos* a las patatas asadas –probablemente, además de patatas asadas– las llaman *perdices*; y por supuesto, sin descartar que la maniobra denominativa no tuviese más que viaje de ida; es decir, que a las perdices perdices, no las llamen patatas asadas. Recuerdo que aquel día de marras había previsto que nos comiésemos mi acompañante y yo sendas perdices estofaditas,

etc., para lo que había yo anticipado los variados tipos de condimento que los gerentes de aquel ventorrillo pudiesen aplicar a su preparación: con tomate, escabechadas, a la pimienta,... Tan ufanamente ingenuo se encontraba el corazón mío.

El personaje de nuestra viñeta de ahora es un hombrecillo, desdentado para más señas, es decir, con las hileras de los dientes delanteros diezmados, y que suele ponerse con un tenderete-carromato a la entrada del paseo de la Virgen de las Angustias, y que vocea con un alarido ululante, hotentótico (no he oído, que yo recuerde en este momento, gritar a ningún hotentote, pero el adjetivo esdrújulo tiene empaque eufónico) la palabra “perdices”. Es un verdadero cuadro: normalmente vestido con unos pantalones en forma de tubo desaliñado, y una camisa, o pelliza en estaciones de más frío, lanza al aire la oferta de su mercancía. No, nunca he oído a un hotentote ni a un bosquimano vocear, pero así me figuro yo en clave exótica sus exclamaciones y sus gritos. ¿Entonces?

Pues hasta ahí, bien. Bien con las reservas que implica un hombre tan señalado por su aspecto, y el hecho tan chocante de que “perdices” en Granada quiera decir patatas asadas. Ahora bien, aun a pesar de todos mis intentos adivinatorios, interpretativos, integrativos en el campo del discurso según las teorías lingüísticas de Bühler, lo que me ha resultado inviable de desentrañar es la otra palabra que nuestro sujeto proclama juntamente –antes y/o después– con la de “perdices”. Por mucho que lo he intentado no he podido entender ni fonética ni fonológicamente qué puede querer decir. El término en cuestión está emitido con una tara de elementos disociantes del modo de articulación, del punto de articulación... que en el magma

sugerido de sonidos espurios, el resultado final de las entendederas puede desembocar en cualquier cosa. “Perdices”, sí, pero ¿qué más? No lo sé, ni creo que pueda saberlo nunca a menos que se lo pregunte a tan singular pregonero de su mercancía.

XIV. El tonto espabilao

No sé si celebrar o deplorar el hecho de sentirme –y para el caso que nos ocupa– uno más de la inmensa mayoría de los que sostienen, por comprobado y constatado hasta el hartazgo, que no se ha conocido todavía en la historia de la humanidad a ningún tonto que le dé por hacer cosas edificantes, útiles, provechosas. Y que cada cual se despache con los ejemplos que mejor le cuadren de lo que por provechoso, útil y edificante entienda. Si inmediatamente después de nuestra Guerra Civil, la exhortación más rotunda al trabajo era la de hacer carreteras, de tanta falta como hacían. Y así, cuando de reprobar la vagancia, la inutilidad o la cicatería de alguien se tratara, la inevitable jaculatoria de condena hacia tal proceder negativo era: “Más valdría que estuviera haciendo carreteras”.

Creo que fue el primer “personaje” público con quien me tropecé nada más desembarcar en Granada un día de primeros de octubre de 1972. Como por aquellas fechas de inicio de curso me hospedaba en una pensión algo *shabby* de plena Puerta Real, sencillamente me topé con él. Han pasado más de treinta y tres años de esto y puedo asegurar que en pocas criaturas he comprobado una persistencia tan fiel, un mantenimiento tan genuino de registros como en nuestro hombre. Aquella primera vez recuerdo que me miró de lejos, bueno, digamos que a unos metros, luego hizo como que se acercaba, a continuación pegó un respingo, se alejó, me volvió a escrutar y ya como por un resorte me abordó medio de lado, medio de frente diciéndome que le diera algo, que tenía hambre.

Nuestro héroe tiene la cara afilada como de urraco; volumen, trazas, envergadura de porte impersonales, y a tenor de la estupenda rigidez de sus constantes fisiognómicas, tanto da haberle asignado entonces una edad de sesenta años como no asignarle ahora muchos más de treinta. Tan sólo un poco más de encanecimiento, progresivo y terco, porque en lo demás, como señalo, siempre me ha parecido verle igual, con una envidiable pantalla de defensa ante la mella del tiempo. En sus estados de normalidad no se le conoce, que yo sepa, ninguna manifestación positiva. Y cuando se encuentra descompensado, tan sólo ocurren dañinas e impertinentísimas se le ocurren. “Tengo mucha hambre, quiero comer, dame para un bocadillo” son las claves más reiteradas de su discurso, al tiempo que camina dando bandazos, avizorando ora de cerca, ora de lejos a la pobre víctima de sus confidencialidades. Por supuesto, la evidencia ha demostrado que sus supuestas urgencias no sobrepasan de ninguna manera en legitimidad a las que, en grado equiparable, muchos de nosotros nos apuntaríamos por el hecho de hallarnos en presencia de “hembra placentera”. Una vez oí que alguien se refería a él y le llamaba Pepe. Acaso sea su verdadero nombre. Acaso solamente un comodín apelativo de signo tan universal en español. Pepe deja fluir su vida entre las cotas de normalidad y de exasperación, pero en ningún punto de entre estas dos señalizaciones máximas se le ha catalogado nunca desempeñando una ocupación de servicio a la sociedad. Ya advertimos que su normalidad consiste en vagabundear con su mirada de pajarraco, aparentemente sopesada; y que su exasperación incluye la persecución, el casi asalto físico al transeúnte a quien dirige su reclamo de “Quiero comer, tengo mucha hambre, quiero comer”. Otra de sus *figuras* características es ir escuchando una radio pequeña pegada a la oreja, mientras él se regocija

estrepitosamente del mensaje con que el receptor le vaya ilustrando. Pepe o como se llame. Tal vez no sea tan tonto y los tontos seamos los demás, nosotros que le consentimos.

XV. El lázaro

El sujeto con el que entretenemos esta viñeta pertenece al depósito de inevitable siniestralidad con que la historia de España, desde siempre pero sobre todo desde la picaresca de nuestra Edad de Oro, parece nutrirse y refocilarse para ilustrar algunos cuadrantes de idiosincrasia. Me refiero concretamente a un hombre, un derelicto, miseria semoviente, grima palmaria, que pasea y exhibe por todas partes una pierna ulcerada, quién sabe si gangrenada ya irreparablemente para los remedios médicos. Se le ve por aquí y por allá. Un día lo vemos tumbado junto al seto de algún parquecito que anima la monotonía del tráfico urbano. Otro día nos lo encontramos andando, empujando penosamente su decrepito chasis. La caquexia que arroja su contemplación creo que ha desbordado las cotas en que normalmente se encerrarían las conductas de piedad y de impiedad, de caridad y de indiferencia, etc. El viandante –tal mi caso– lo observa, y percibe que el funcionamiento ecuacional de acción/reacción falla, que los efectos que produce un panorama como el que ilustra nuestro personaje acaban por no corresponderse con el juego previsto teóricamente para todos los casos de equiparabilidad que pudieren aducirse. ¿Dónde radica, pues, lo repulsivo intrínseco de este caso? ¿Dónde sospechamos que se agazapa el truncamiento de los principios a los que tuviéramos que atenernos y por los que pudiéramos medir nuestros grados de humanidad?

Cuando yo vi a este hombre por primera vez hace algunos, bastantes años, mi alma desplegó respecto de su supuesto la lógica conmisericordia genérica que se genera en dichas circunstancias. Existía una facticidad deplorable, palpablemente aspirante a mejora, de un lado; de otro, la realidad de alguien

como yo, instalado en unas coordenadas asumibles y reconocibles de bienestar y decencia somáticas. Las dos instancias, como millones de otras parecidas, cada una por su sitio, se encontraban, y como resultado se desprendía una repulsa natural, por mi parte, de que cosas así puedan existir. Y por parte del vagabundo, no lo sé. Pero a medida que seguía volviéndome a encontrar mi percepción me decía que algo quebraba en aquel diseño de acción/reacción. No es posible –me repetía y me sigo repitiendo– que nadie en estas condiciones no reciba asistencia..., asistencia, sí, en la medida y con las modalidades e intensidades que fuere, por parte de la Beneficencia del país, nuestra nación, España, que pagamos todos, que sostenemos y cuidamos todos. Y era entonces cuando mi alma, por si fuera poco el espectáculo inasumible de un astroso lacerado, se enconaba autoalimentándose con el acertijo torvo de una virtualidad: ¿Podría tratarse de que alguien estuviese interesado en mantener una situación de execrable indigencia con el propósito sesgado y turbio de provocar la compasión? ¿Podríamos estar ante el caso de alguien que se auto-lastima de entrada y permanentemente con la pretensión de recabar el posterior “alivio” de la limosna? De lo que no cabe duda es de que España ha logrado una estatura en lo económico y en los servicios sociales que no sólo no tiene que envidiar a ningún país (yo conozco más de setenta) sino que en este campo les puede dar sopas con honda a casi todos. Aquí radica el gran desgarró, la gran contradicción encarnada por el hombre de esta viñeta. Su terrible ejemplo le propicia a uno la sospecha de que acaso prefiere la laceria y su condición de indigente, a la eventualidad de curarse y tratar de integrarse en la sociedad.

XVI. El resultón

Esmeradísima testa, abundosa, sobrada de volumen; acicalada en morenía su cobertura capilar, sea al estilo sobrio de patillas y cogote expeditos de pelambreira, sea con el aderezo caprichoso de los ricitos en la nuca, hacia arriba, como flagelos en gancho para colgar caireles. Los dos grandes ciclos de presentación y percepción que nuestro protagonista me ha propiciado estimo que corresponden a sus dos tramos también : de soltero pretendiente y de lo que le haya advenido después. En el primero de esos dos estadios vitales, y en compañía de aquella con la que a todas luces hace unos años aspiraba a la redondez armónica de la naranja, cada cual en su mitad, digo que no he visto un ejemplo de orquestación de solicitud y cuidado, de un lado, y de motricidad dinámica y acoplada de los movimientos, de otro, como los que nuestro personaje desempeñaba y realizaba hacia su compañera: la llevaba, aprehendida del brazo de ella en perfecto ángulo recto, como gobernado por el timón de su hombre, guarnecida, primorosamente indemne ante la salvaguarda de tan formidable y atento campeón. Tenía necesariamente que ser, sí, su época de noviazgo para conducir a su pareja con tan exquisita dedicación, entre suspendida y propulsada, providente protector, susurrador premioso. Ha habido periodos en que, como indico, el culto por el ricito y el caracoleo del pelo parecían monopolizar la pauta de su tocado. En la mutabilidad de registros estéticos dichas temporadas de casticismo sureño rococó se alternaban con otras en que, un poco para la perplejidad de los observadores, su cabeza aparecía con el corte austero, sin concesiones, sin llegar ni mucho menos a un *crew-cut* o corte de milicia, pero sí correspondiendo a los paradigmas de normalidad y contención celtíberas. Quedamos, pues, en que de pelo mudable.

Cuando camina lo hace con un cimbreo primorosamente alternativo. Nunca le he visto acompañado de nadie, excepto, ya dijimos, de su musa en las edades preceptivas. Suele ir jugando con algo que podría ser un dije, un llavero, una cadenita, sacudiéndolo, soltándolo y volviéndoselo a poner en la mano; con una displicente naturalidad, como si lo mejor de su personalidad se instalara a veces en esa cuadrícula del *homo ludens* tan cara y tan socorrida para la condición humana. Serio, sin llegar a ceñudo; moreno, sin llegar a cetrino; bien vestido, supongo. Además de todo ello parece comportar en su singularidad la característica de “chicarrón del Norte” porque una vez tan sólo le he visto con abrigo; y eso, cuando los demás, encima de nuestra indumentaria de habitual invierno, nos hemos servido de gorros, bufandas rodeadoras y guantes. El resto de las ocasiones se le ve aguantar el cierzo y la apenas estatura del mercurio por encima de cero grados con una terquedad ejemplar, llevando una chaqueta de cuadritos blancos y negros, como de *tweed*, y si acaso, mostrando en el rostro una especie de concesión al frío, inclinadamente recogida la cabeza. ¡He ahí un tío con un par de cojones!, me he dicho al verle, yo transitando camino de la Facultad en el autobús, Gran Vía arriba o abajo, y él bajando desde, o subiendo hasta, el Triunfo.

XVII. El comparsa tragón

No sé si la Historia se repite o los que nos repetimos somos nosotros. De lo que sí que estoy seguro es de que los hechos se traban, se combinan, se desenredan, vuelven a conectarse, discurren, etc., como invitándonos a que les otorguemos nuestra valoración. Allá por la primera mitad de los cincuenta, cuando braceaba yo agonísticamente en Madrid en el apuntalamiento de las dos carreras emprendidas, Filosofía y Letras, y Derecho (a cuyas expensas y ya a partir de 1980 me intitulo bi-doctor) bien recuerdo al auxiliar de una de las cátedras de Historia del Derecho en la Universidad Central, con sede para estos específicos menesteres jurídicos en el caserón de la calle de San Bernardo. “Auxiliar” entonces equivalía en la realidad práctica a llevar la cartera al señor catedrático, a arrojárselo en las situaciones en que así encartara; y eso sí, muy a la española, a ejercer con desmedido despotismo la cuota de autoridad mal delegada por parte del jefe académico en tales –a veces– belitres meritorios.

Pues bien, he aquí que el hombre, *granaíno* por más señas, y cuya mención se hace inevitable para la substanciación de esta viñeta, aparece treinta y muchos años después como catedrático de Historia del Derecho en Granada, en *su* Granada, cuando yo también andaba consumiendo mi segundo decenio de funcionariado docente-investigador en la Facultad de Filosofía y Letras de la ciudad de la Alhambra. En las innumerables veces en que hemos coincidido –entiéndase bien, cada uno incomunicado con el otro– en el co-disfrute de un espacio público, sea una cafetería, sea la calle, etc., raramente ha dejado de estar acompañado de un grupito de dos, de tres sujetos, muy a la usanza

de los antiguos tiempos y a la manera que él mismo se viera propiciado a desempeñar con sus superiores universitarios. De entre los componentes de este conjunto de dos, tal vez tres, comparsas de nuestro historiador del Derecho, se destaca con preponderancia neta el responsable de este boceto. Se trata de un individuo..., bueno, relativamente joven, de no más de cincuenta años, gordo, adiposo, que camina arrastrando los pies en posición de las manillas del reloj a las diez y diez; arrastre que se hace más palmario por el frote de la suela de “material” de sus zapatos sobre el baldosinado de los lugares públicos por donde lo veo moverse. En la etapa del Hotel Victoria, para mí la clásica y ya no retornable, previa a su reestructuración, solía yo frecuentar su cafetería: allí mis buenos amigos Fermín, Miguel, Antonio, Manolo, el otro Miguel,... y más, algunos más, me amenizaban los ratos del desayuno, otros de la comida y no pocas veladas vespertinas en el salón rojo, así llamado “inglés”, del primer piso del inmueble, aprovisionado con piano-bar. Era en el establecimiento del nivel de la calle, con todo, donde nuestro gordito hacía estragos en las tandas de aperitivos que, bajo la providente tutela del catedrático, pasaban de detrás de la barra a la planicie del mostrador. Constituía un primor verle embaular gambas, trozos de carne de cerdo (¡con perdón!), cortezas, tropezones, y las mil raciones de pitanza con las que se excerban las ganas de beber de los ciudadanos...

No le oí nunca pronunciar una sola palabra a nuestro esforzado *fatty*. Ni sonreír. Creo que con comer y con acompañar a sus superiores en edad, saber y gobierno tiene bastante. Tampoco le he visto con abrigo... prácticamente nunca, ni aun cuando su peripatetismo tiene lugar en el seno de las inclemencias de temperaturas gélidas. La grasa le protege. De mirada

bizqueante, como si un amago, un sesgo mongoloide campeara por su gesto, su expresividad parece haber recogido velas definitivamente. Nuestro hombre, en el momento en que escribo estas líneas, no da señales de estar preocupado por el Estatuto de Cataluña, sino más bien por la eventualidad de que desaparezca el tapeo gorroneado de las cafeterías.

XVIII. El flamenco

Un hombre tan comedido, tan proverbialmente ajustado a razón, tan ponderadamente templado de criterio, tan sabiamente conciliador, tan... (el elenco de valoraciones elogiosas podría continuar hasta el fastidio) como don Julián Marías, cuando en su *Nuestra Andalucía*, “Andalucía por dentro” dice que “Granada tiene el ceño fruncido, retorcidos los conceptos...”, supongo que lo dirá por algo, sobre todo si se considera que a las demás provincias/ciudades andaluzas, una por una, les dedica pinceladas de semblanzas más deportivas, más desprovistas de carga crítica, más portadoras de encomio. Tal vez el vocablo “malafollá”, aunque de obligado conocimiento para el gran humanista, no haya sido, empero, de su agrado ni se haya encuadrado en sus parámetros de trato social.

Mi caso es muy distinto: ni mi oído tiene nada que objetar ante la palabra susodicha, ni mi cosmovisión de armonía convivencial se siente incómoda por usarla. Ello es que mi alma se alegra doblemente cuando en Granada me topo con alguien pintoresco y que al mismo tiempo percibo que no se halla aquejado del virus de la *malafollá*. Me complace el hecho de que, acaso, su personalidad, aun siendo *granaína*, discorra por registros de conducta más universal, más palmariamente reconocible conforme a cualquier baremo medidor de lo recomendable, de lo que gratifica. Algo así quiero yo ver incardinado en el personaje que justifica esta viñeta...

Se trata de un hombretón de..., digamos, entre sesenta y setenta años, pelo escaso peinado hacia detrás, con patillas abundosas, canosas, gruesas. Me lo he encontrado aquí y allá,

igualmente en el proceso de subir al autobús; luego, otras veces, también en el menester de bajarse; y hasta en esos ratitos vacuos de locomoción que son las paradas le he visto guardando cola y aproximándose al acceso de entrada del ómnibus. Trajeado, de gris ceniza, sin corbata, con cara de decidor, ligeramente instalada en la rampa de una sonrisa, siquiera incoativamente, generosa y cordial. En una ocasión le vi ceder su puesto en la cola a una señora a la que, al tiempo que la ayudaba a subir el escalón de la plataforma del bus, la dedicaba un comentario, mitad piropo, mitad precisión solidaria sobre tal o cual aspecto de los transportes públicos, etc. Otra vez, en definitiva –y éste es el cariz monográfico en que se sustenta mi boceto presente– coincidimos prácticamente cuerpo a cuerpo en el espacio central del vehículo. Aconteció que alguien comenzó una de esas conversaciones espontáneas en las que se tiene por interlocutor a todo el mundo. En un momento dado, y por las cualesquiera veredas que pudiese discurrir la charla, nuestro hombre se vio interpelado respecto de un asunto que tenía que ver con los usos y costumbres dietéticos. Ante lo cual, con una sonrisa de probada autonomía, como sabiéndose buen conocedor del tema, respondió tajante y cumplidamente a una señora: “Los flamencos ni (aquí una actividad)... ni (aquí otra actividad)... ni (aquí otra actividad más)... Los flamencos sólo bebemos”, como desentendiéndose de todas las posibles servidumbres contingenciales que la vida moderna en general lleva consigo. Preciosa confesión, ultimísima declaración de valores, ejemplar revelación de aquel caballero. Mi alma la atesora a prueba de olvidos.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AVISO.....	1
I. El cuchara.....	3
II. El vigilante.....	5
III. El valetudinario.....	7
IV. El amador.....	10
V. La arpía.....	13
VI. El coñazo.....	15
VII. El curita.....	17
VIII. El pícaro.....	19
IX. El espía.....	21
X. El amigo del amador.....	23
XI. El figurín.....	26
XII. El impenetrable.....	28
XIII. El ululante.....	30
XIV. El tonto <i>espabilao</i>	33
XV. El lázaro.....	36
XVI. El resultón.....	38
XVII. El comparsa tragón.....	40
XVIII. El flamenco.....	43